

Ara de Haro  
La pintora pelirroja  
vuelve a París

**Alianza** editorial

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de cubierta: Archivo César Moro. TEA Tenerife Espacio de las Artes.  
Cabildo Insular de Tenerife  
Fotografía de la autora: Amaya Aznar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



© Ara de Haro, 2022  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-025-3  
Depósito legal: M. 19.283-2022  
Printed in Spain

Para mis abuelos, Agustín Serrano de Haro y  
Pedro V. Soriano, que consiguieron que ninguna  
de las dos Españas me helara el corazón.

Para Manuel da Pedra, mi compañero, mi  
pareja, mi árbol.



## Parte 1

### París, de nuevo (1937)

La guerra había alterado su pulso, su caligrafía, sus dibujos... La firmeza de su mano, ejercitada desde la infancia, perfectamente adiestrada durante sus años en la Real Academia y continuamente activa, se resentía. Sus líneas perfectamente rectas ahora salían quebradas, o se torcían en el centro, enfermas. Su letra grande, regular y redonda, ligeramente inclinada al optimismo, alegre y saltarina, se empequeñecía, parecía hundirse angustiada en el papel. Sus expresiones graciosas, divertidas, como sus pies de equilibrista, danzarines: todo desaparecido. Le costaba hablar, andar, escribir, dibujar... Perdía el compás, en sentido literal y figurado; su corazón latía irregularmente, se caía con facilidad al suelo, sentía que las palabras se apretujaban al final de sus frases, como en un callejón sin salida, constreñidas por el pánico.

Aunque su tinta de escribir seguía siendo azul, siempre; azul cielo, azul claro, azul república..., para distinguirse de sus dibujos en negro. Hay pintores que no serían nada sin el negro: Goya, Manet, Picasso... Toda su producción se basa

en ese color, que no es tanto un color como un mundo, una mirada pesimista pero lúcida, un abismo y una denuncia de todos los errores o males. Pero ella no era una pintora del negro, sino del azul, del verde, del ocre, pero sobre todo del gris, que los pintores han denominado «el color enamorado», ya que realza cualquier otro color que se le ponga al lado. En caso de duda, ella elegía la huida, aunque fuese sobre un cable muy fino, que parecía que andaba sobre las nubes.

Ahora sus propios dibujos le daban miedo.

Había bajado del tren en París en 1937 como quien sale de un túnel, y había salido de éste como quien escapa de un incendio: nunca volvería a plegarse a ese camino estrecho que sus padres habían hecho tanto por pegarle a la planta de los pies. Había escapado apoyándose en el mismo aire denso de la noche, sobre el humo oscuro que la velocidad del tren crea en escalera para luego dispersarlo con rabia y total desapego.

Era valiente, pero el terror se había prendado de sus cabellos, enamorado de su atrevida temeridad. El pánico llegaba rápido y la dejaba temblando; luego, poco a poco, la tormenta se alejaba. Sin embargo, inesperadamente oía, como si la frase fuera un rayo que caía sobre ella: «Mientras tú piensas, hablas, comes, duermes, respiras, en España se están matando». Cuando se ha vivido bajo las bombas, bajo la acechanza del temor constante, el cuerpo, ese animal de costumbres, se habitúa a esperar «el momento decisivo» en el que crees que vas a morir, todos los días si es preciso.

A veces iba andando por una calle de París, una muy bella, y bajo el suelo se abría un abismo y ella se caía; entonces apenas podía levantarse y se recogía en una esquina. «Un te-

rremoto», exclamaba. «No, no es la acera, no es la calle, no es la ciudad, eres tú —le dijo Péret el Poeta, que añadió—: Cuando sientas que viene, que todo se tambalea, métete en un café, es el mejor remedio del mundo. Aquí, en París, es el remedio perfecto.»

Desarrolló todo un ritual para eludir su propio miedo. Se hubiese quedado siempre en casa, envuelta en mantas, tumbada sobre la cama, catatónica, con los ojos muy pintados de verde, oro y negro, como una momia egipcia, pero eso sólo lo hizo los primeros días. Cuando Benjamin Péret volvía a casa, la encontraba paralizada, entumecida, transida de frío como un gorrión en invierno. «No hay calefacción y el carbón de la chimenea cuesta dinero, lo mejor es vestirse y andar. Andar te hace entrar en calor —le dijo el Poeta—, y entrar en cafés te devuelve el pulso, el tuyo y el de la ciudad. Yo tengo cosas que hacer —añadió—, no puedo quedarme contigo, ya verás cómo enseguida estás mejor.»

El café, sentarse de espaldas a la calle que se tambalea, pedir rápido, sacar la polvera, pintarse los labios rojos, tomarlo muy caliente, aún humeante. Los ojos se le alargaban, brillantes, amarillos, atigrados por el espanto, sobre su delicado rostro triangular. «Rostro de esfinge», sentenció Breton nada más verla; «de gato», le decían los demás; «rostro de mariposa», le dijo él. «Cara de puta», le habían dicho en su patria, porque miraba de frente, con atención; por eso la habían insultado, en su propio violento país, que ahora sangraba por todas las esquinas.

Ya había estado antes; París era el lugar en el que todo ocurría, el centro del universo artístico, el ombligo de esa encantadora bailarina que era el futuro del arte, el lugar soñado. Sin embargo, ahora que los sueños se habían convertido

en pesadillas, ya no sabía dónde estaba. Por las noches soñaba que había dejado la puerta abierta y había entrado el bosque o el mar en su pequeño estudio de la plaza de Lesseps, allí en su amada Barcelona, devorándolo, destruyendo, desgastando y arruinando, hasta no dejar ningún rastro, como sólo puede hacerlo la naturaleza desbocada por un incendio interno, eliminando cualquier huella, todo trazo de modesta humanidad. Otras veces, se despertaba buscando la llave desesperadamente, para entrar y protegerse, pero aquélla caía a un estanque insondable, yacía enterrada en un lugar sin nombre.

Lo había dejado todo atrás, no le quedaba nada. Por la noche desfilaban los fantasmas de los muertos. Amigos y parientes sobre todo; veía a su padre, muerto unos años antes, con su enorme cara blanca, de luna, de ahogado, hacerle gestos obscenos desde lo más profundo del océano. Al final salía a la luz la verdad podrida de los muertos.

Su padre: los peces le salían por los ojos y la boca, parecía que reía o sufría terriblemente. Las algas le hacían cosquillas en sus inmensas orejas, y se agrandaban hasta comerle la cara, ahora solo quedaban las nalgas, y luego, se iba reduciendo a los pies, pies de una escultura vacía, y volvía a ser un gigante malvado que la perseguía con furia. Intentaba acercarse a ella para agarrarla y hundirla. A veces, llegaba casi a cogerla de los pelos. Se despertaba llorando.

«Está en el mar del olvido —le dijo él, el Poeta—, se irá hundiendo, ya verás.» Una noche vio a su hermano. No puede ser, está vivo, tiene diecisiete años. A la semana, llegó la carta de su madre, se debió de cruzar con la suya pidiendo noticias. Había muerto, al servicio de la Falange. Era un niño... No se atrevió a hablar de ello con nadie y menos con



su pareja: sabía que ni él ni su círculo lo hubiesen entendido... «Era un niño, tan pronto, tan joven para morir de disentería en el lado equivocado de la historia; no deberían haberlo dejado alistarse», pensó. Si hubiese estado ella...

Con el tiempo se habituó a verlos por la noche. A veces, los tres se sentaban y jugaban a las cartas. Pero ellos se fueron hundiendo, como había predicho el Poeta; se fueron desinflando como globos de feria y descendiendo al fondo del fondo, ese limo eterno donde los colores se agrisan, las formas se pierden y las canciones se repiten. Ahora, sólo cuando veía u oía el número diecisiete le venía a la mente el recuerdo breve y punzante de su hermano pequeño, para siempre condensado en una cifra elegante. Un número adecuado para jugarse una fortuna a la ruleta y luego suicidarse, independientemente del resultado.

También recibía cartas de Esteban, que le enviaba a la dirección de Óscar; misivas llenas de ruegos y de reproches, pero eso no le afectaba nada. Para ella, el asunto estaba zanjado, terminado; se había ido, ¿no era eso acaso suficientemente claro? Él decía que vendría, aunque fuese lo último que hiciese, y que vendría para matarla... Esperaba que él también se desinflase.

Péret le había dicho: «No esperes de mí nada más que un compañero de ruta; me repugnan las tradiciones; me repugna la coreografía convencional de la pareja, la retórica del matrimonio, de lo sentimental; me repugnan la burguesía y las ataduras. Hazte a la idea de que vivo al revés, con la cabeza en el suelo y los pies en el aire. Todo lo que es burgués es malo y lo no burgués, excelente». Su discurso, cargado de imprecaciones inútiles, era como su poesía, una trampa peligrosa para animales domésticos de dos patas, pero una jaula

abierta para seres con alas, inteligencia y ansias de libertad. «Sólo voy a ser tu amante cuando tú me lo pidas, pero me gustaría que me lo pidieses a menudo, o al menos de vez en cuando.»

Entonces Remedios Varo sonreía, no sabía que cuando saliese de España, huirían con ella los cuatro jinetes del apocalipsis, o al menos dos o tres. Y es que a veces las sombras del pasado son más dañinas que la realidad.

El día lo pasaban separados. Él tenía varios empleos, ella ninguno, y difícilmente podía pensar, entonces, en pintar. Él procuraba juntar varios sueldos de distintos oficios que no resultasen degradantes a su dignísima, pero invisible, condición de poeta surrealista. Ella procuraba sobrevivir a los días grises, a la lluvia interminable, a la soberbia con la que la gente trata a los extranjeros, más aún a los españoles, cuyo pobre país se hundía cada día en una mayor violencia: la guerra incivil y fratricida alcanzaba cotas de crueldad e infamia intolerables. Los parisinos, tranquilamente, en su casa, en su ciudad, asentados en sus costumbres y en su país como en un sillón confortable, oían la radio, leían la prensa y reaccionaban a lo que pasaba en España con horror teñido de superioridad. Los periódicos franceses lamentaban, así como la gente en los cafés, los cantantes, los actores, los pintores y los intelectuales, las derrotas y las dificultades de la República. Sin embargo, cara a cara, el pueblo y las autoridades los trataban mal, como si los españoles trajesen la peste o la mala suerte.

A veces, cuando llegaba a su apartamento alquilado, agotada después de sus cafés y sus interminables paseos sin rumbo, se encontraba a Benjamin con toda la ropa de su armario apilada encima de su cuerpo, sin ton ni son, como un espan-

tapájaros. La maleta, por supuesto, era para los libros y los manuscritos. No se trataba de una broma inocente: quería decir que se iban; a menudo, sin pagar el alquiler. Luego él escribiría al casero diciendo que las condiciones de la vivienda eran escandalosas, inaceptables, denunciables, que las cañerías estaban siempre atascadas, que había ruido y no podían dormir, que les importunaban los fantasmas de los inquilinos muertos, o, incluso mejor, que había ratas de un tamaño descomunal: por eso no le dejaba recoger ningún gato de la calle. Siempre había lógica en su aparente locura. Benjamin era un hombre con palabras para todo, especialmente para protestar, ríos de palabras coloridas. Ella, sin embargo, sabía callar, atesoraba sin dificultad, ni alharacas, secretos propios y ajenos. Pero sus silencios no eran molestos, ni desagradables ni crueles, sino oasis de agua fresca en el desierto en los que hombres con demasiadas palabras, como Benjamin, amaban reposar. En su vida con Péret, aprendió pronto a dejar hatillos con sus cosas en lugares seguros, escondidos en guardarropías y armarios de compatriotas u amigos artistas, pero a veces, también ataviada con varias chaquetas, gabardina y abrigo, seguía al poeta por la ciudad nocturna, como Dante a Virgilio, como almas en pena, a la luz blanca de las estrellas y a la amarilla de las farolas, en busca de un alojamiento nuevo.

Otras, sin embargo, cuando llegaba por la noche, estaba la mesa puesta, flores robadas de los jardines públicos en un ramo improvisado y una botella de vino recién descorchada, mientras el Poeta preparaba su única especialidad culinaria, en alguna de sus muchas variantes: sopa al claro de luna. *Claro de luna* era una canción infantil francesa: «Au clair de la lune, mon ami Pierrot...», pero el plato en sí era agua hir-

viendo a la que se podía añadir cualquier cosa, fundamentalmente una patata en rodajas muy finas, que hacían las veces, obviamente, de las fases de la luna, y la claridad de su consistencia agradecía cualquier otra aportación que animase el guiso. Pronto, Remedios, tan poco dada a la cocina, también se aficionó a prepararla. Era una comida, pero también una poesía y una obra de arte surrealista. Es decir, un experimento cuyo resultado podía, por lo tanto, tender a lo inesperado. Ella, a cambio, le contó a Benjamin el milagro de «la sopa de piedra» española. Se dice que, en los pueblos de España, en la época del hambre que nunca se acababa, es decir, casi siempre, una mujer avisada, ya que ésta vale por dos y hasta tres, encendió un fuego con unas ramitas y puso encima un gran puchero, en el que colocó una piedra de buen tamaño. Como cocinaba al aire libre, la gente que pasaba y que también estaba hambrienta miraba dentro del puchero y se reía de ella, que, imperturbable les decía: «Ya veo que nunca has probado la sopa de piedra. Y, sin embargo, es la más rica del mundo». «¿Una piedra?» «Pero no cualquiera —replicaba ella—. Quédate a comer y cuando la hayas probado lo verás.» «Pero es que con sólo una piedra...» «Está buenísima —insistía ella—, aunque, claro, si pudiésemos añadir algo más, estaría aún más rica.» Así, la gente a la que ella había invitado, con la promesa de la sopa más rica del mundo, se animaba a traer sus escasas vituallas y a compartirlas. Unos traían cebollas; otros, zanahorias; el de más allá, unas almejas..., de modo que al final con esos ingredientes salía la sopa más rica e imprevisible del mundo, que todos podían disfrutar. El Poeta no se cansaba de oír la historia. Y siempre lloraba al final. «Eso es el verdadero socialismo, una sopa de piedra», remataba él con los ojos llenos de lágrimas.

Unos pocos meses después, cuando Remedios ya estaba mejor, empezó a manejarse por la ciudad; ya no era víctima de alucinaciones. Andaba durante todo el día y, según su humor, se iba al Louvre o a Montmartre. Le presentaron a Picasso, que le desagradó, observándola tenazmente con su mirada tan fija y negra como si pudiese clavarla en la pared con las dos chinchetas ardientes de sus iris. «Eres demasiado delgada», le espetó como si fuese una prostituta a punto de ofrecerle sus servicios, y no otra pintora: una —aunque modesta— colega. «Eres una sardinita», le dijo él, insinuando que no valía su peso en oro, que con ella el coito sería breve y seguro que levemente insatisfactorio. Ella le sonrió; tenía una sonrisa muy fina para ese tipo de insulto. Una sonrisa tan fina y aguda que pinchaba. Era su única defensa.

Fue el pintor Óscar Domínguez el que la presentó; él hacía cosas para Picasso, decía que eran amigos. Ella lo conocía de Barcelona, aunque era isleño, de Tenerife, un hombre grande como un toro, vividor y bohemio, bueno y generoso, que embestía en línea recta. Pero a Remedios le parecía que no era *amistad* el nombre para una relación tan desigual, aunque no le dijo nada a Óscar, que, como todos los hombres grandes, se ofendía por cosas pequeñas. Picasso tenía entonces una mujer de mirada orgullosa y carnes prietas de odalisca, muy blancas. Dora era fotógrafa y apenas la miró, ni siquiera la saludó. Se comportaba como una reina antigua, se veía que ella también era avara en amistad. Igual que a Picasso, a Dora no le gustaba darse a los demás. Pero, si él era un viento capaz de arrasar con todo, ella era una fortaleza cerrada, sitiada por Pablo como por un viento cálido, abrasador. Pronto sería una fortaleza vacía, eso fue lo que pensó Remedios entonces, como si viese el futuro.

Remedios salía a la calle con hambre, y eso agudizaba sus sentidos. Le parecía que podía pasar la lengua por los tejados azules de las casas y que sabrían a sorbete de arándanos, de violeta, a grosellas con ginebra. La piedra era praliné y el ladrillo, chocolate. También la madera sabía a vainilla y coñac; ella se relamía por dentro cuando le tocaba subir por esas preciosas escaleras de caracol de las casas con la barandilla bien barnizada como pan recién tostado y esas majestuosas puertas de barquillo y galleta. Era maravilloso estar en París.

Sin embargo, no tardó en comprender que el famoso grupo de artistas que mandaba allí, los surrealistas, no era la sociedad igualitaria de caballeros y damas de la mesa redonda con la que había soñado. Era casi tan tiránica como la que ella conocía en su país. Había clases, unos pocos que lo podían todo, y los demás debían obedecer y halagarlos. Si uno no quería servir de felpudo, lo mejor era callar y alejarse. Decir sí con la cabeza, con los labios, incluso con las manos, pintando y creando cuando fuera menester, pero no con el corazón, que era insobornable; no con el sexo, que era un regalo; no con las piernas, que le servían a uno para alejarse lo más rápidamente posible en caso de necesidad. Buscar su propio espacio se volvió a convertir para ella en su objetivo prioritario.

Péret adoraba a Breton, estaba entregado a él de un modo singular y excesivo, como nunca lo estaría a ninguna mujer. Sólo Breton había creído en él de modo inesperado e inquebrantable: le había distinguido, de entre todos los demás, aupándolo a una categoría superior, aunque invisible. Lo había nombrado caballero, y su título de nobleza era ser poeta surrealista e imprevisible. Péret había sido un pobre chico provinciano que sólo tenía su rabia intacta, y sin faltas

de ortografía, cuando llegó a París. Breton había actuado con el poder de un rey medieval que hubiese visto en el mozo de cuadra una señal misteriosa y secreta por la que lo hubiese convertido en miembro de la nobleza, la única que contaba para ellos, la del intelecto, la de los genios, la de los hombres del futuro, para siempre jamás. Péret, por lo tanto, le debía su carta de identidad en la vida.

Breton... Su mismo nombre era la piedra angular de esta sociedad estrafalaria y fantásticamente creativa que formaban los surrealistas. Él era su líder, su capitán, su rey, su faro en la noche, su sol diurno y también el sacerdote nocturno de su propio culto. Pero ¿quién podría dejar de seguirlo, de creer en él?

Su bellísima cabeza parecía haber sido modelada para ser la proa de los barcos más audaces y brillantes; sus cabellos rizados formaban una aureola divina en torno a él, el halo de una medusa incandescente; sus ojos oscuros y árticos, siempre perdidos en una cercana lejanía, le daban aspecto de triunfante soñador, aun cuando estaba concentrado o triste o vencido. Además, la marcada masculinidad de su mirada y su nariz contrastaban con sus labios femeninos; era híbrido de aspecto, como un enigma natural. Y luego estaba su palabra, con ella lo podía todo: era un encantador de hombres y de mujeres, el mago de los mil deseos inesperados y urgentes, un prestidigitador de la vida imaginaria tanto privada como colectiva. Y todo lo que decía, soñaba y pensaba lo escribía en un flujo de palabras doradas y arrolladoras.

Sin embargo, Remedios pronto comprendió que los demás surrealistas no tenían al Poeta en tanta estima, había otros mucho más conocidos y renombrados en el grupo: Aragon, Éluard, Crevel... Ellos hacían la función de arcán-

geles de Breton, chicos listos que sabían presentarse en sociedad y hacer brillar sus alas de serafines, bien peinados y adecuadamente vestidos, que sabían elegir con inteligencia las rimas y las corbatas. Péret era el único discípulo realmente humano, plenamente plebeyo, que el culto a Breton tenía, y a ella sólo se la toleraba por proximidad, pero no era aceptada como miembro de pleno derecho.

A veces uno querría reposar en alguna admiración acendrada, en alguna amistad que se nos antojase sólida, en alguna lealtad verdadera y cálida... Pero el mercado de los afectos y los apoyos, de las admiraciones y las estimas, es el más grande, cambiante y variado del mundo. Para los ingenuos, adentrarse en él es correr el riesgo de perder el rumbo, el corazón y el sentido. Y todavía más. Nadie sale indemne de su paso por este lugar de transacciones múltiples, ese baile de máscaras.

Las mujeres no solían hablar. «No se espera de ellas que participen en la conversación», le explicó Péret. Debían ser ante todo decorativas, según se le hizo entender. Y, sin embargo, ellas también tenían su parcela de poder. Al nombrarlas, en espera de un gesto suyo de predilección, los hombres surrealistas se agitaban como dados en un cubilete que se va a volcar sobre el tapete verde, pero, en verdad, eso tan temido y deseado no ocurría muy a menudo... Y ellos se limitaban a ser como solteros que desnudan imaginariamente a la novia en el día de la boda.

La mujer de Breton era una rubia llamativa, Jacqueline Lamba, que hacía de reina de corazones del grupo. Estaba permitido —incluso era casi obligatorio— amarla y desearla, pero a la debida distancia. Todos suspiraban educadamente por ella, sin salirse nunca de los estrechos límites del tributo